

desmayemos por eso (1), sino que nos arrepintamos y humillemos, y nos levantemos luego, y pidamos mayor fuerza al Señor, y procuremos andar con contento de dentro y de fuera; que mas vale que os levanteis presto con alegría, que dobla las fuerzas para servir á Dios, que no pensando que llorais vuestras faltas por Dios, desagradais al mismo Dios con servirle mal con el corazon y alas caidas y con otros ramos que de esto suelen nacer.

Solo hay aquí que temer el peligro que habemos apuntado, que es, no se nos entre la tibieza, y dejemos de hacer lo que es de nuestra parte, so color de decir: Dios me lo ha de dar, todo ha de venir de la mano de Dios, yo no puedo mas: y del mismo peligro nos habemos de guardar en lo que decimos de la oracion (2): no se os solape ahí tampoco la pereza con ese color; pero cerrado este portillo, y haciendo vos buenamente lo que es de vuestra parte, mas agrada á Dios la paciencia y la humildad en las flaquezas, que esas congojas y tristezas demasiasdas que algunos traen, por parecerles que no crecen tanto en virtud y perfeccion como querrian, ó que no pueden entrar tanto en la oracion; porque este negocio de la oracion y perfeccion no se alcanza por descontentos, ni á puñadas, sino que Dios lo da á quien

(1) Part. 2, tractat. 6, cap. 9.

(2) Cap. 24 et seq.

él quiere y cómo quiere, al tiempo que él es servido: y cierto es que no han de ser todos iguales los que han de ir al cielo; y no habemos de desesperar nosotros, porque no somos de los mejores, ni aun por ventura de los medianos, sino debémosnos conformar con la voluntad de Dios en todo, y dar gracias á Nuestro Señor porque nos dió esperanza de que nos habemos de salvar por su misericordia: y si no alcanzáremos á estar sin faltas, demos gracias á Dios porque nos dió conocimiento de nuestras faltas; y ya que no vamos al cielo por la alteza de virtudes, como algunos van, contentémonos con ir allá por el conocimiento, y por la penitencia de nuestros pecados, como otros muchos van. Dice san Jerónimo (1): Ofrezcan todos en el templo del Señor, cada uno segun su posibilidad, unos oro, plata y piedras preciosas, otros seda, carmesies, púrpuras y brocados; á mí básteme si ofreciere para el templo pelos de cabras, y pieles de animales. Pues ofrezcan los otros á Dios sus virtudes y obras heróicas y excelentes, y sus contemplaciones altas y levantadas; á mí básteme ofrecer á Dios mi bajeza, conociéndome y confesándome por pecador, y por imperfecto y malo, y presentándome delante de su Majestad como pobre y necesitado; y conviene alegrar en esto el corazon, y agradecérselo á

(1) Hieron. in prologo galeato.

Dios, porque no nos quite tambien esto que nos ha dado, como á desagradecidos.

San Buenaventura, Gerson y otros (1) añaden aquí un punto, con que se confirma bien lo dicho: dicen que muchas personas sirven mas á Dios con no tener la virtud y recogimiento, y deseirlo, que si lo tuviesen; porque con aquellos viven con humildad, y andan con cuidado y diligencia, procurando arribar é ir adelante, acudiendo á menudo á Dios; y con esotro por ventura se ensoberbecieran, ó se descuidaran y anduvieran tibios en el servicio de Dios, pareciéndoles que ya tenian lo que habian menester, y no se animarian á trabajar por mas. Esto he dicho, para que hagamos nosotros buenamente lo que es de nuestra parte, y andemos con diligencia y cuidado procurando la perfeccion; y entonces contentémonos con lo que el Señor nos diere, y no andemos desconsolados ni congojados por lo que no podemos alcanzar, ni está en nuestra mano; porque eso, dice muy bien el Padre maestro Ávila, tom. 2. *Epist. fol. 31*, que no seria sino estar penados porque no nos dan alas para volar por el aire.

(1) Bonaventur. opuscul. de profectu Religios. lib. 7, cap. 33; Gerson, tractat. de Monte contempl.; Fr. Barthol. de Martyr. Archiep. Bracharensis, in suo Compend. part. 2, 35.

### CAPÍTULO XXXI.

*De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los bienes de gloria.*

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en los bienes de gracia, sino tambien en los bienes de gloria. El verdadero siervo de Dios ha de estar tan ajeno de su interés, aun en estas cosas, que mas se ha de holgar de que se cumpla y haga la voluntad de Dios, que de todo cuanto él podia interesar. «Esta es muy grande perfeccion, como dice aquel Santo (1), no buscar uno su interés en lo poco ni en lo mucho, ni en lo temporal ni en lo eterno: y da la razon; porque tu voluntad, Señor, y el amor de tu honra debe sobrepujar todas las cosas; y mas se debe consolar y contentar con eso, que con todos los beneficios recibidos, ó que puede recibir.»

Este es el contento y gozo de los bienaventurados. (2) Mas se alegran los Santos en el cielo en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que en la grandeza de su gloria. Están tan transformados en Dios, y tan unidos con su voluntad, que la gloria que tienen y la buena suerte que les cupo no la quieren tanto por el provecho que á ellos les viene, y por el con-

(1) Thom. de Kempis.

(2) Tractat. 3, cap. 14.

tento que reciben, como porque se huelga Dios de ello, y porque es aquella la voluntad de Dios: y de ahí viene que cada uno está tan contento y gozoso con el grado que tiene, que no desea mas, ni le pesa de que el otro tenga mas: porque en viendo uno á Dios, así lo transforma en sí, que deja de querer como él, y comienza á querer como Dios; y como ve que aquel es el contento y beneplácito de Dios, ese es tambien su gusto y su contento. Esta perfeccion vemos que resplandecia en aquellos grandes Santos, en un Moisés, en un san Pablo, que por la salvacion de las almas, y por la mayor gloria de Dios, parece que se olvidaban y no hacian cuenta de su propia gloria. *Aut dimittite eis hanc noxam, aut si non facis, dele me de libro tuo, quem scripsisti*, Exod. xxxii, decia Moisés á Dios: Señor, ó perdonad al pueblo, ó borradme á mí de vuestro libro; y san Pablo: *Optabam ego ipse anathema esse à Christo pro fratribus meis*, ad Rom. ix: de quien aprendió despues un san Martín, y otros Santos: *Si adhuc sum necessarius populo tuo, non recuso laborem*. Posponian su descanso, y cedian de buena gana á su gloria, que tenian ya cerca, y ofrecianse de nuevo al trabajo, por el mayor servicio y gloria de Dios. Esto es hacer la voluntad de Dios acá en la tierra, como se hace en el cielo, que olvidados de todo nuestro interés, pongamos todo nuestro

contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios, y que estemos y tengamos en mas el contento de Dios, que todo nuestro provecho, y que el poseer los cielos y la tierra.

Aquí se verá bien la perfeccion que pide el ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios. Si del interés de los bienes espirituales, y aun de los bienes eternos y de la misma gloria, habemos de apartar los ojos, por ponerlos en el contento y voluntad de Dios; ¿qué será de otros intereses y respetos humanos? De donde se entenderá tambien cuán léjos está de esta perfeccion el que tiene dificultad en conformarse con la voluntad de Dios en aquellas cosas que deciamos al principio: En que me pongan en este lugar, ó en aquel; en este oficio, ó en el otro; en estar sano, ó enfermo; en que los otros me tengan en poco, ó en mucho. Estamos tratando que habemos de tener en mas la voluntad y contento de Dios, que cuantas ventajas puede haber en los bienes espirituales, y aun en los eternos; ¿y reparais vos en esas cosas, que respecto de estas otras son basura? Al que desea tanto el contento de Dios y el cumplimiento de su divina voluntad, que cede de buena gana á su propia gloria, y se contenta con el mas bajo lugar, no porque le falte deseo de trabajar y hacer obras de valor, sino solo por querer mas el contento y be-

neplácito de Dios, muy fáciles se le harán todas estas cosas; pues renuncia y cede á lo sumo que puede renunciar por amor de Dios. Esto es lo mas á que puede uno ceder, por conformarse con la voluntad de Dios: Si Dios quiere que yo me muera luego, y tenga menos gloria, mas quiero yo eso, que morirme de aquí á veinte ó treinta años, aunque hubiese de tener mucha mayor gloria; y por el contrario, aunque tuviese cierta la gloria muriéndome ahora, si Dios quiere que yo esté en esta cárcel y destierro muchos años padeciendo y trabajando; mas quiero eso, que ir luego á la gloria: porque el contento de Dios y el cumplimiento de su voluntad, ese es mi contento, y esa es mi gloria: *Tu es gloria mea, et exaltans caput meum*. Psalm. xxxiv.

De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio se cuenta un ejemplo bien raro acerca de esto en el lib. 5, cap. 2 de su vida. Estando un dia con el P. M. Lainez y con otros á cierto propósito, preguntó nuestro santo Padre: Decidme, M. Lainez, ¿qué os parece que hariais si Dios nuestro Señor os propusiese este caso, y os dijese: Si tú quieres morir luego, yo te sacaré de la cárcel de este cuerpo, y te daré la gloria eterna; pero si quieres aun vivir, no te doy seguridad de lo que será de tí, sino que quedarás á tus aventuras: si vivieres y perseverares en la virtud, yo te daré el premio; si desfallecieres

del bien, como te hallare, así te juzgaré: si esto os dijese Nuestro Señor, y vos entendiéseis que quedando por algun tiempo en esta vida podriais hacer algun grande y notable servicio á su divina Majestad, ¿qué escogeriais? ¿qué responderiais? Respondió el Padre Lainez: Yo, Padre, confieso á vuestra reverencia que escogeria el irme luego á gozar de Dios y asegurar mi salvacion, y librarme de peligros en cosa que tanto importa. Entonces dijo nuestro santo Padre: Pues yo cierto no lo haria así, sino que si juzgase que quedando en esta vida podria hacer algun singular servicio á Nuestro Señor, le suplicaria me dejase en ella hasta que le hubiese hecho, y pondria los ojos en él, y no en mí, sin tener respeto á mi peligro ó á mi seguridad. Y no le parecia á él que quedaba en duda su salvacion, sino antes mas cierta y mas aventajada, por haber fiado de Dios, quedándose acá, por servirle en aquello; porque, ¿qué rey ó príncipe hay en el mundo, decia él, el cual si ofreciese alguna merced á algun criado suyo, y el criado no quisiese gozar de aquella merced luego, por poder servir en alguna cosa notable, no se tuviese por obligado á conservar y aun acrecentar aquella merced al tal criado, pues se privaba de ella por su amor, y por poderle mas servir? Pues si esto hacen los hombres que son desconocidos y desagradecidos, ¿qué

habemos de esperar del Señor que así nos previene por su gracia y nos hace tantas mercedes? ¿Cómo podríamos temer que nos desamparase y dejase caer, por haber nosotros dilatado nuestra bienaventuranza, y dejado de gozar de él por él? No se puede eso creer ni temer de un tal Señor.

## CAPÍTULO XXXII.

*De la conformidad, union y amor perfecto con Dios, y cómo nos habemos de ejercitar en este ejercicio.*

Para que se vea mas la perfeccion y excelencia grande que encierra en sí este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y para que sepamos hasta dónde podemos llegar con él; por conclusion y remate de este tratado diremos un poco del ejercicio mas alto que ponen los Santos y maestros de la vida espiritual, del amor de Dios, que parece viene aquí á propósito; porque uno de los principales efectos del amor, como dice san Dionisio Areopagita (1), es hacer que las voluntades de los amados sean unas; esto es, que tengan un querer y un no querer, y así cuanto uno estuviere mas unido y mas conformado con la voluntad de Dios, tanto tendrá mas amor de Dios; y cuanto mayor amor tuviere, tanto estará mas unido y conforme con la voluntad de Dios.

(1) D. Dionys. cap. 4 de divinis nom.

Para declarar mejor esto, es menester que subamos al cielo con la consideracion, y veamos como están allí los bienaventurados amando y conformándose con la voluntad de Dios, teniendo una misma voluntad y querer con él; porque cuanto mas nos llegáremos á esto, tanto será nuestro ejercicio mas perfecto. El glorioso apóstol y evangelista san Juan, en su primera Canónica dice: Que la vista de Dios á los bienaventurados los hace semejantes á él: *Quoniam cum apparuerit, similes ei erimus; quoniam videbimus eum sicuti est.* II Joan. III. Porque en viendo á Dios quedan de tal manera unidos y transformados en Dios, que tienen una misma voluntad y un mismo querer con él: Pues veamos cuál es el querer, y voluntad y amor de Dios, para que así veamos cuál es el querer y voluntad de los bienaventurados, y de ahí colijamos cuál ha de ser el querer, y amor y voluntad perfecta nuestra. El querer y voluntad de Dios, y su amor sumo y perfectísimo, es de su misma gloria y de su ser sumamente perfecto y glorioso. Pues ese mismo es el querer, y voluntad y amor de los bienaventurados; de manera que el amor de los Santos y bienaventurados es un amor y un querer con que aman y quieren con todas sus fuerzas que Dios sea quien es, y sea en sí tan bueno, y tan glorioso y digno de honra como es: y como ven en Dios todo aquello

que ellos desean, sígueseles de aquí aquel fruto del Espíritu Santo, que dice el Apóstol: *Fructus autem spiritus est gaudium*, ad Galat. v; que es un gozo inefable de ver á quien tanto aman tan lleno de bienes y tesoros en sí mismo. Por lo que vemos acá, podemos rastrear algo de este gozo divino que reciben en esto los bienaventurados. Mirad cuán grande es la alegría y gozo que recibe acá un buen hijo de ver á su padre, que mucho ama, honrado y querido de todos, sabio, rico y poderoso, y muy estimado y querido del rey: cierto es que hijos tan buenos dirán que no hay cosa á que se compare la alegría que reciben de ver á su padre tan estimado. Pues si este gozo es tan grande acá, donde el amor es tan flaco y los bienes tan bajos, ¿cuál será aquel gozo de los Santos, viendo á su verdadero Señor, y á su Criador y Padre celestial, en quien tan transformados están por amor, tan bueno, tan santo, tan lleno de hermosura, y tan infinitamente poderoso, que por solo su querer todo lo criado tiene ser y hermosura, y sin él no se puede menear una hoja en el árbol? Y así dice el apóstol san Pablo, I ad Cor. II, que este es un gozo tan grande, que ni ojo le vió, ni oreja le oyó, ni puede caber en el corazon de hombre. Este es aquel rio caudaloso que vió san Juan en el Apocalipsi salir de la silla de Dios (1) y del Cordero,

(1) Apoc. XXI; Psalm. XLV.

que alegra la ciudad de Dios, del cual beben los bienaventurados en el cielo; y embriagados con este amor, cantan aquella aleluya perpétua, que dice allí san Juan, glorificando y bendiciendo á Dios: *Alleluia, quoniam regnavit Dominus Deus noster omnipotens, gaudeamus, et exultemus, et demus gloriam ei.* Apoc. XIX. Estánse alegrando y regocijando de la grandeza de la gloria de Dios, y dándole el pláceme y parabien de ella con gran júbilo y regocijo: *Benedictio, et claritas, et sapientia, et gratiarum actio, honor, virtus, et fortitudo Deo nostro in sæcula sæculorum. Amen.* Apocalyp. VI.

Este es el amor que los Santos tienen á Dios en el cielo, la union y conformidad que tienen con su divina voluntad, hablando conforme á la poquedad de nuestro entendimiento. Pues eso es lo que nosotros habemos de procurar mirar acá á nuestro modo, para que se haga la voluntad de Dios en la tierra, como se hace en el cielo. *Inspice, et fac secundum exemplar, quod tibi in monte monstratum est*, Exod. XXV, dijo Dios á Moisés, cuando le mandó hacer el tabernáculo: Mira que hagas todas las cosas conforme á la traza que te mostré en el monte; así nosotros todo lo habemos de hacer acá á la traza que se hace allá en aquel monte soberano de la gloria (1). Y así habemos de estar

(1) P. M. Ávila, tom. 1 Epist.; P. Fran-

amando y queriendo lo que están amando y queriendo los bienaventurados en el cielo, y lo que está amando y queriendo el mismo Dios, que es su misma gloria y su ser sumamente perfecto y glorioso.

Para que cada uno pueda hacer esto mejor, pondremos aquí brevemente la práctica de este ejercicio. Cuando estais en la oracion, considerad con el entendimiento el ser infinito de Dios, su eternidad y su omnipotencia, su infinita sabiduría, hermosura, gloria y bienaventuranza; y estáos con la voluntad holgando y regocijando, tomando complacencia y contentamiento de que Dios sea quien es, de que sea Dios, de que de sí mismo tenga el ser y el bien infinito que tiene, de que no tenga necesidad de nadie, y todos la tengan de él, de que sea todopoderoso, y tan bueno y tan lleno de gloria como en sí mismo es; y así de todas las demás perfecciones y bienes infinitos que hay en Dios.

Este, dice santo Tomás (1), y los teólogos, que es el acto mayor y mas perfecto de amor de Dios; y así es tambien el mas alto y mas aventajado ejercicio de conformidad con la voluntad de Dios; porque no hay mayor ni

cisc. Arias, part. 2 del Aprovechamiento espiritual, trat. 5, part. 1, cap. 3 y 4; Padre Luis de la Puente, tom. 2 de sus Medit. p. 6.

(1) S. Thom. 2, 2, q. 18, art. 5 ad 3.

mas perfecto amor de Dios, que el que el mismo Dios se tiene á sí mismo, que es de su misma gloria y de su ser sumamente perfecto y glorioso: ni puede haber mejor voluntad que esa. Luego tanto mayor y mas perfecto será nuestro amor, cuanto mas se asemejare á este amor con que Dios se ama á sí mismo, y tanto mayor y mas perfecta será nuestra union y conformidad con su divina voluntad. Y mas, dicen allá los filósofos, que amar á uno es quererle bien: *Amare est velle alicui bonum*, Arist. Reth. l. 12, c. 4: donde se sigue, que cuanto mayor bien deseamos á uno, tanto mas le amamos. Pues el mayor bien que podemos querer á Dios, es el que él se tiene, que es su ser infinito, su bondad, sabiduría, omnipotencia y gloria infinita. Cuando amamos á alguna criatura, no solamente nos agradamos del bien que ya tiene, mas podemos quererle algun bien que no tiene, porque toda criatura puede crecer; mas á Dios no podemos quererle en sí mismo algun bien que no tenga, porque es del todo infinito; y así no puede tener en sí mas poder, ni mas gloria, ni mas sabiduría, ni bondad de la que tiene: y así holgarnos y regocijarnos, y tener complacencia y contentamiento de que Dios tenga estos bienes que tiene, y que sea tan bueno como es, tan rico, tan poderoso, tan infinito y tan glorioso, es el mayor bien que le po-

demos querer, y por consiguiente el mayor amor que le podemos tener.

De manera que así como los Santos que están en el cielo, y la humanidad santísima de Cristo, y la Virgen nuestra Señora, y todos los coros de los Ángeles, se están holgando de ver á Dios tan hermoso y tan abastecido de bienes, y es tan grande el gozo y regocijo que en esto sienten, que no se satisfacen sino prorumpiendo en alabanzas de este Señor, y no se hartan de estarle alabando y bendiciendo para siempre jamás, como dice el Profeta: *Beati, qui habitant in domo tua, Domine, in sæcula sæculorum laudabunt te*, Psalm. VIII; así nosotros habemos de juntar nuestros corazones, y levantar nuestras voces con las suyas, como nos lo enseña nuestra madre la Iglesia: *Cum quibus, et nostras voces, ut admitti jubeas, deprecamur, supplici confessione dicentes: Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Sabaoth: pleni sunt cæli, et terra gloria tua*. Siempre, ó lo mas continuamente que pudiéremos, habemos de estar alabando y glorificando á Dios, holgándonos y regocijándonos del bien, gloria y señorío que tiene, y dándole el pláceme y parabien de ello; y de esta manera nos asemejaremos acá á nuestro modo á los bienaventurados y al mismo Dios, y tendremos el mas alto amor y la mas perfecta conformidad con

la voluntad de Dios que podemos tener.

### CAPÍTULO XXXIII.

*Cuán encomendado y repetido es este ejercicio de la Escritura divina.*

Por lo mucho que en la divina Escritura se encomienda y repite este ejercicio, se entenderá bien su valor y excelencia, y cuán agradable sea á Dios; y juntamente podremos tomar de ahí materia para ejercitarle, y detenernos mas en él. El real profeta David en los Salmos á cada paso nos convida á este ejercicio, diciendo: *Lætamini in Domino, et exultate justi, et gloriamini omnes recti corde*. Psalm. III. *Exultate justi in Domino*. Psalm. XXXII. *Delectare in Domino, et dabit tibi petitiones cordis tui*. Psalm. XXXVI. Alegraos justos en el Señor, y deleitaos y regocijaos y complaceos en sus bienes infinitos, y daros ha lo que le pidiéreis, ó, por mejor decir, lo que deseáreis y hubiéseis menester; porque esta es una oracion en la cual, sin pedir, pedís, y oye Dios el deseo de vuestro corazon. El apóstol san Pablo, escribiendo á los filipenses, dice: Gozaos en el Señor siempre: *Gaudete in Domino semper*, ad Philip. IV; y pareciéndole que no era consejo este para decirle una sola vez, torna á repetir: *Iterum dico, gaudete*: Otra vez os digo que os holgueis. Este es

el gozo con que se alegró la Virgen santísima cuando dijo en su Cántico: *Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* Luc. I. Alegróse mi espíritu en Dios mi salud. Con este gozo se alegró también Cristo Señor nuestro cuando dice el sagrado Evangelio: *Exultavit Spiritu Sancto.* Luc. x. Alegróse en el Espíritu Santo. El real profeta David dice que era tan grande el gozo y regocijo que recibía su alma, considerando cuán grande es el bien y la gloria de Dios, y cuán dignísimo es de que todos se gocen en el bien infinito que tiene, que de la grande abundancia redundaba la alegría al cuerpo, y se encendía la misma carne en amor de Dios: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vicum.* Psalm. LXXXIII. Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Y en otra parte dice: *Anima mea exultabit in Domino, et delectabitur super salutari suo: omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi?* Psalm. xxxiv. Mi alma se alegrará en el Señor, y se gozará en Dios, autor de la salud; y todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como Vos? Y por ser cosa tan divina y celestial este amor, la Iglesia, regida por el Espíritu Santo, en el principio de las Horas canónicas, comenzando los Maitines, nos convida con el invitatorio á amar de esta manera al Señor, alegrándonos y regocijándonos en sus bienes infini-

tos; y es tomado del salmo xciv: *Venite, exultemus Domino, jubilemus Deo salutari nostro: præoccupemus faciem ejus in confessione, et in psalmis jubilemus ei: Venid, alegrémonos en el Señor, y cantemos cánticos de alabanza á Dios nuestra salud, porque es grande sobre todo, y suyo es el mar y la tierra; todo es obra de sus manos: Quoniam Deus magnus Dominus, et Rex magnus, super omnes Deos, etc. Quoniam ipsius est mare, et ipse fecit illud, et aridam fundaverunt manus ejus, etc.* Y por la misma razón y para el mismo efecto nos pone la Iglesia al fin de todos los salmos aquel verso: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto: Sicut erat in principio, et nunc, et semper, et in sæcula sæculorum. Amen.* Este es aquel entrar en el gozo de Dios que dice Cristo Señor nuestro en el Evangelio: *Intra in gaudium Domini tui,* Matth. xxv; participar de aquel gozo infinito de Dios, y estarnos gozando y regocijando juntamente con el mismo Dios de su gloria y hermosura y riqueza infinita.

Para que nos aficionemos mas á este ejercicio, y procuremos andar siempre en este gozo y regocijo, nos ayudará mucho considerar cuán bueno, cuán hermoso y glorioso es Dios. Lo es tanto, que solo verle, hace á los que le ven bienaventurados; y si los que están en el infierno vie-

sen á Dios, cesarian todas sus penas, y se trocaria el infierno en paraíso: *Hæc est autem vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum,* Joan. xvii, dice el mismo Cristo por san Juan. En eso consiste la gloria de los Santos, en ver á Dios: eso es lo que los hace bienaventurados; y esto no por un dia, ni por un año, sino para siempre jamás, que nunca se hartarán de estar mirando á Dios, sino siempre se les hará nuevo aquel gozo, conforme á aquello del cap. xiv del Apocalipsi: *Et cantabant quasi canticum novum.* Harto parece que se declara con eso la bondad, hermosura y perfeccion infinita de Dios; pero aun mas hay que añadir, y aun harto mas. Es Dios tan hermoso y tan glorioso, que el mismo Dios, viéndose, es bienaventurado. La gloria y bienaventuranza de Dios, es verse y amarse á sí mismo. Mirad si tenemos razón de holgarnos y gozarnos en una bondad y hermosura, y en una gloria tan grande (1), que alegra toda aquella ciudad de Dios, y hace á todos aquellos ciudadanos bienaventurados; y el mismo Dios tambien, conociéndose y amándose, es bienaventurado.

## CAPÍTULO XXXIV.

*Cómo nos podemos extender mas en este ejercicio.*

Podemos tambien humanarnos y extendernos mas en este ejercicio, ejercitando este amor con aquella sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, considerando su dignidad y perfeccion grande, y tomando complacencia y contentamiento en eso; holgándonos y regocijándonos de que aquella benditísima humanidad de Cristo esté tan sublimada y unida con la persona divina, que esté tan llena de gracia y de gloria, que sea instrumento de la Divinidad para obrar cosas tan altas, como son la santificacion y glorificacion de todos los escogidos, y todos los dones y gracias sobrenaturales que se comunican á los hombres; y finalmente, holgándonos y regocijándonos de todo lo que pertenece á la perfeccion y gloria de aquella alma gloriosísima, y de aquel cuerpo santísimo de Cristo nuestro Señor, y deteniéndonos en eso con entrañable amor y regocijo, al modo que consideran los Santos que se regocijaria la sacratísima Reina de los Ángeles el dia de la resurreccion, cuando vió á su benditísimo Hijo tan triunfante y glorioso. Y como dice la Escritura divina en el cap. xlv del Génesis, hablando del patriarca Ja-

(1) S. Thom. 1 p. q. 16, art. 2.